

***Métodos de teoría política: un manual*, dirigido por Luciano Nosetto y Tomás Wieczorek (2021)**

Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani / CLACSO.

Reseña por Juan Pablo de Nicola

Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

La pregunta por el método sea, quizás, uno de los problemas más pesados -si no es el más- de la teoría política. Ofrecer una definición estricta de qué es la teoría política no ha resultado -ni resulta- una empresa leve y mucho menos lo es obtener una orientación clara respecto del balizamiento metodológico de esta subdisciplina. En estas condiciones, la posibilidad de toparse con un manual de metodología que reúna, explicita y aborde las diferentes formas de investigar en teoría política era prácticamente nula. *Métodos de teoría política: un manual*, dirigido por Luciano Nosetto y Tomás Wieczorek, viene a subsanar esta exigencia del área disciplinar.

El libro está conformado por un esclarecedor apartado introductorio, ocho capítulos -cada uno dedicado a un método en particular- y un cuadro anexo que resume las ocho propuestas metodológicas mientras considera sus principales referentes. Todos los capítulos presentan una estructura similar, facilitando al lector la posibilidad de acercarse a cada uno con simpleza y sin rodeos. Así, cada capítulo está esquematizado del siguiente modo: una introducción histórica al método y a las discusiones que lo circunscriben; las precauciones y presupuestos metodológicos fundamentales; y una serie de recapitulaciones y ejemplificaciones de referentes externos y locales del método al cual se avoca el capítulo.

En las *instrucciones de uso*, Luciano Nosetto y Tomás Wieczorek introducen al lector a las complejidades que enfrenta la teoría política a la hora de presentar un método sistemático y unificado. Por su carácter contencioso y plural, encasillar lo político y estabilizar su campo es una misión ardua. Sin sucumbir en el intento, los autores postulan una definición de teoría política como aquel “ámbito de prácticas de investigación, escritura, enseñanza y aprendizaje que ha adquirido cierta consistencia disciplinar en virtud de temas, problemas y enfoques comunes” (p. 10). En este marco, la teoría política se conforma en la intersección entre tres áreas disciplinares: la ciencia política, la historia y la filosofía. La problematicidad relativa a converger estos tres horizontes conlleva una heterogeneidad de problemas y decisiones exclusivas de la teoría política que el manual suministra en el despliegue de un abanico de procedimientos metódicos, sus principales prescripciones y advertencias.

El primer capítulo, elaborado por Franco Castorina y Tomás Wieczorek, está dedicado a la *historia de las ideas*. Los autores restituyen, como elemento central de este método, la idea de que existe una tradición continua de pensamiento político cuya función es ordenar obras y pensadores que se han ocupado de considerar problemas políticos permanentes. Castorina y Wieczorek efectúan un recorrido histórico de este método y enfatizan tres precauciones metodológicas: (i) el presupuesto de que persisten ciertas ideas y problemas políticos vitales, relacionados con la búsqueda de un orden político deseable; (ii) la polisemia que envuelve a expresiones como idea, doctrina o teoría política y las orientaciones que pueden contemplar las investigaciones - en teoría o en filosofía-; (iii) y la reivindicación de la contemporaneidad histórica de los autores clásicos, sin obliterar el contexto de sus obras. Por último, Castorina y Wieczorek exhiben las producciones teóricas de este método de forma tripartita, brindando algunos ejemplos: los trabajos en torno a autores (Isaiah Berlin y Natalio Botana), los tratados generales (las compilaciones de George Sabine, Leo Strauss y Joseph Cropsey, y Atilio Borón) y los trabajos que discuten uno o varios conceptos (Berlin y Cecilia Abdo Ferez). Cabe resaltar que la mayoría de las propuestas metodológicas siguientes se construyen en contraposición a la *historia de las ideas* como principal antagonista.

En el segundo capítulo, Octavio Majul acerca al lector el método de la *historia intelectual*. Permeada por las discusiones de John Dunn, John Pocock y Quentin Skinner, la *historia intelectual*, habitualmente identificada con la Escuela de Cambridge, se articula como una reacción que se opone a ciertas formas de investigación histórica -la historia de las ideas y el contextualismo unilateral-. Majul se ocupa de reponer las advertencias metodológicas elementales de este método, cuya propuesta central está en trascender la literalidad de los supuestos teóricos y examinar la intención del texto. Esta escuela plantea la idea de que el texto hace al decir, o en las palabras precisas del autor, “la pluma es una espada y el texto, una acción” (p. 45). Por lo tanto, las investigaciones que se propongan blandir la *historia intelectual* como método deben atender a tres dimensiones relacionadas con la intención: el contexto semántico -el lenguaje político-conceptual del texto-,

el contexto pragmático -el uso que el autor le da al texto, qué argumentos defiende y a cuáles se opone- y el contexto retórico -de qué manera construye el texto-. Finalmente, el capítulo compendia las diferentes variantes que presenta el método de la *historia intelectual* y las discusiones que las soportan, junto a un recorrido histórico del método en Argentina, pasando por Oscar Terán, Elías Palti, Carlos Altamirano, Cecilia Lesgart y Susana Villavicencio, entre otros.

El tercer capítulo condensa las propuestas metodológicas de la *historia conceptual*. En él, Germán Aguirre y Sabrina Morán presentan la preocupación de este método por sostener la profundidad histórica de los conceptos fundamentales de la política a modo de habilitar un tratamiento minucioso de los lenguajes político-sociales. De la labor de Reinhart Koselleck, Werner Conze y Otto Brunner es que se ha desprendido este método, cuyo adversario es -al igual que la historia intelectual- la historia de las ideas, por sus postulados acerca de la inalterabilidad semántica de los conceptos. De ahí que, para evitar anacronismos y descontextualizaciones, la *historia conceptual* pugne por un proceder atento a su carácter plurívoco. De manera muy esclarecedora y estructurada, los autores reconstruyen sus principales precauciones metodológicas. Debido a la polisemia inherente a los conceptos (por su constitución histórica relacionada con su funcionamiento como índices de transformaciones políticas y sociales e incluso como su vehículo), este método propone una aproximación heurística que se vale de tres momentos de investigación: el sincrónico, el diacrónico y un tercer momento en el cual estos se articulan. Hacia el final del capítulo, Aguirre y Morán describen dos ejemplos clásicos (Brunner y Koselleck) y agrupan las recepciones argentinas del método en varios de sus referentes, a saber: Julio Pinto, Gabriela Rodríguez Rial, Noemí Goldman, Elías Palti, Cecilia Lesgart, entre otros.

En el cuarto capítulo, Nicolás Fraile y Ramiro Kiel examinan el método de la *hermenéutica* y se ocupan de recorrer las dos perspectivas que lo han caracterizado: la hermenéutica como método, del siglo XIX, desarrollada por Friedrich Schleiermacher y Wilhelm Dilthey; y la hermenéutica como elemento constitutivo de la existencia humana, perteneciente al giro ontológico del siglo XX, desplegada por Martin Heidegger y Hans-Georg Gadamer. Los autores reponen la posibilidad de comprender un texto a través de la segunda perspectiva. Así, formulan sus propuestas y precauciones metodológicas focalizándose en tres prescripciones de Gadamer que refieren a aspectos inherentes a la comprensión. Esto es: (i) la idea de círculo hermenéutico, que implica la existencia de anticipaciones a la lectura del texto que irán modificándose en el ejercicio exegético; (ii) la inevitabilidad de los prejuicios como parte de la experiencia histórica imborrable del investigador (debe asumirlos y diferenciar lo mejor posible su interpretación particular de los sentidos del texto); y (iii) la distancia temporal entre la creación del texto y la interpretación del investigador, que requiere la concientización del investigador al respecto y el respectivo diálogo entre horizontes históricos diferentes. Por otra parte, se recoge la recepción argentina de la *hermenéutica* en autores como Julio Pinto, María José Rossi, Miguel Ángel Rossi, Ricardo Laleff Ilieff, Horacio González, etc.

El quinto capítulo está centrado en reconstruir, de manera original y novedosa, el método de la *comprensión del acontecimiento*. Lucía Carello y María Cecilia Padilla recuperan la discusión acerca de la posibilidad de servirse del tratamiento *sui generis* que ha originado la célebre teórica política Hannah Arendt. Desde su disputa con la historiografía tradicional y la confluencia en el respaldo de pensadores como Heidegger, Walter Benjamin e Immanuel Kant, el capítulo recoge los elementos que convergen en la disruptiva metodología arendtiana. Carello y Padilla reconocen que Arendt no ha presentado un método completo y sistemático, pero avalan la viabilidad de restaurarlo mediante una lectura atenta de su obra. Por ende, se encargan de edificar un entramado de nociones que ofrece una propuesta metodológica consistente. Esto es: (i) el acontecimiento como unidad principal de análisis, refiriendo a fenómenos políticos contingentes que presentan un carácter singular e incomprensible para los marcos conceptuales del momento; (ii) la cristalización, que expresa la forma excepcional e indeterminada por la cual se reúnen los elementos que revisten al acontecimiento a comprender; (iii) una narración fragmentaria como medio de análisis que unifica y concatena al acontecimiento con su cristalización, dando sentido a los elementos históricos desperdigado. Además, el capítulo abrevia ejemplos de uso de este método como son los de Simona Forti, Claudia Hilb y Martín Plot.

En el sexto capítulo, Daniela Losiggio y Luca Zaidan reponen el método de la *deconstrucción*. Los autores se enfrentan al estructuralismo y posestructuralismo, y plantean tres tesis sustanciales. Sin duda, el eje del capítulo está puesto en la deriva posestructuralista de Jacques Derrida. Por consiguiente, los autores rastrean el término *deconstrucción* y echan mano de la propuesta derridiana de considerarla como “estrategia” que permite capturar las diferencias: “lo que queda excluido de los esquemas estables del pensamiento” (p. 126). En esta línea, atienden a la *deconstrucción* como doble ciencia, es decir, como estructura de pensamiento que, adentrándose en el edificio de un sistema metafísico, indaga en sus fisuras internas y socava sus cimientos. Adicionalmente, Losiggio y Zaidan recogen cuatro precauciones metodológicas

primordiales: (i) jugar el juego del sistema metafísico a abordar; (ii) esclarecer la oposición que lo constituye; (iii) desneutralizar esa oposición y exhibir su violencia; (iv) y precisar su afuera constitutivo a través de nuevos marcos conceptuales que dispongan de lo reprimido en ese sistema. Para concluir, se recopilan y trazan los derroteros de este método: el paradigma posmarxista (Ernesto Laclau, Chantal Mouffe, Gerardo Aboy Carlés, Sebastián Barros, etc.), el pensamiento posfundacional (Oliver Marchart), el pensamiento poscolonial (Edward Said y Gayatri Spivak) y los feminismos (Judith Butler).

El séptimo capítulo aborda la propuesta metodológica de la *arqueología y genealogía*. En este capítulo, Sofía Colias y Emilse Toninello articulan la metodología expuesta y sistematizada por Michel Foucault. La singularidad de la aproximación foucaultiana, aclaran las autoras, es que no se la puede reducir a un ejercicio único -como el de la historia de las ideas-. Por el contrario, el procedimiento en cuestión supone la estabilización de dos niveles de análisis diferentes, aunque interceptados. Si la arqueología se caracteriza por suponer una lectura horizontal de los enunciados, en la cual se exhibe una formación discursiva que los regula, la genealogía realiza un tratamiento vertical de las rupturas y quiebres de esas mismas formaciones, revelando “las oposiciones, las luchas y las opresiones que fueron gestando los poderes del presente” (p. 152). En este marco, Colias y Toninello erigen tres coordenadas metodológicas: (i) la discontinuidad -transformaciones o rupturas de las formaciones discursivas- como instrumento y objeto de la investigación simultáneamente; (ii) la delimitación de las positivities -las reglas que concentra la práctica discursiva- a través del establecimiento previo de las discontinuidades; (iii) la presunción de heterogeneidad entre la diversidad de formaciones discursivas que pueden coexistir en un tiempo histórico determinado. Finalizando el capítulo, Colias y Toninello recuperan el desarrollo reciente de Giorgio Agamben y algunas derivas argentinas como las de Fabián Ludueña Romandini y Elías Palti.

En el octavo y último capítulo, Alejandro Cantisani y Luciano Nosetto dilucidan los lineamientos de la *teoría crítica*. Por su postulación como expresión transdisciplinaria y por su desconfianza del método en general, la *teoría crítica* presenta uno de los desafíos más problemáticos a la hora de producir un manual de metodología. Aun así, Cantisani y Nosetto amortiguan una batería de advertencias a tener en cuenta en la labor teórico-política. Iniciando con el recorrido histórico de la Escuela de Frankfurt, los autores especifican su programa fundacional a partir de las renombradas denuncias de Max Horkheimer a la teoría tradicional y sus consiguientes propuestas críticas, trayendo al alcance, también, algunas premisas de Theodor Adorno y Herbert Marcuse. De esta manera, se remiten tres advertencias -o sospechas- que se desprenden del criticismo de Horkheimer y que son pertinentes para la investigación en teoría política: (i) rehistorizar la formación social a tratar, reinscribiéndola en una historia duradera que porta una racionalidad inherente; (ii) dislocar los saberes y disciplinas divididas en compartimentos, contemplando un estudio interdisciplinario del abordaje a realizar; (iii) descifrar lo contradictorio de toda praxis social que presente una apariencia armónica y congruente, evitando la exterioridad entre sujeto/teoría y objeto/praxis. En último lugar, los autores ejemplifican algunos abordajes locales de esta propuesta metodológica: los casos de Eduardo Grüner, Gisela Catanzaro y Silvia Schwarzböck.

Métodos de teoría política: un manual no sólo logra la enrevesada tarea de congregar diversas propuestas metodológicas con un propósito sistemático y funcional al quehacer teórico-político, sino que excede estos objetivos. Además de postular, con gran originalidad, a la *comprensión del acontecimiento* como un método posible en la teoría política, en el manual se deja entrever el afán por afirmar la relativa autonomía de la teoría política frente a otras disciplinas y subdisciplinas científicas. En este sentido, el libro da un paso sustancial en la consolidación y afianzamiento de la teoría política como área disciplinar en Argentina.

En definitiva, el manual resulta un material relevante en dos sentidos: primero, porque facilita y democratiza el acceso a todo lector que desee adentrarse en las prácticas académicas relativas a la teoría política -y probablemente se encuentre abrumado-; segundo, porque estructura las propuestas metodológicas de modo tal que habilita una lectura transparente para el lector experto que desee repasar y (re)pensar los debates que las atraviesan. Asimismo, la polifonía mediante la cual fue compuesto el manual no le hace sino justicia a la heterogénea tonalidad metodológica de la teoría política.